

perspectiva creada por el concepto del "museo imaginario" y de la "psicología de las formas".

"La primera materia del artista, escribe Malraux, no es la vida, no es la realidad, es siempre otra obra de arte".

Desusada la cita, punto inicial de una serie de consideraciones, preferencias y paralelos, y que tiene su fundamento en el arte y no en la vida como estímulo al quehacer artístico.

El autor enfoca a continuación el terreno de las equivalencias y paralelos entre pintura y literatura. A la manera de las "correspondencias" baudelerianas, cita poemas en los cuales se ha logrado la transformación o transubstanciación de la imagen plástica a la figura poética.

Luego nos presenta relaciones de viajes y contactos personales con artistas de renombres. Nos lleva a vivir el mundo mediterráneo y cambiante, como en perpetua metamorfosis, de Pablo Picasso. Nos lleva a compartir los tiempos del cubismo austero de Juan Gris, del orfismo alucinado de Robert Delanoy y del rudo constructivismo de Torres García. Comenta los manifiestos y autobiografías de Carra, de Chirico y Severini. Presenta al mundo multifacético, a veces atrabiliario y siempre estupendamente manierista del surrealismo daliniano, e incluye un rotundo y magnífico paralelo entre Picasso y Gómez de la Serna.

En suma, Guillermo de Torre nos invita a dialogar con él, nos lleva como de la mano a encarar algunos problemas sustanciales del artista y del arte contemporáneos, haciéndonos partícipe de la aventura interna que significa enfrentarse con la intimidad de su pensamiento lúcido y sensible.

Representa su libro una colección de ensayos que por la elegancia del estilo, el sabio juego dialéctico de las ideas, y la real distinción y aristocracia de su posición intelectual, producirá vivo placer al lector interesado, enriqueciendo además su patrimonio cultural.

EDUARDO MEISSNER G.

<https://doi.org/10.29393/At405-88CRGD10088>

*Crónicas*, de JOAQUÍN EDWARDS BELLO. Zig-Zag, 1694

En un país como el nuestro, tradicionalista hasta la médula, donde abundan los eufemismos en boca de los oradores y en la pluma de periodistas y escritores, el ejemplo de Joaquín Edwards Bello es admirable. Magnífico escritor y buen ensayista, es también un maestro de la crónica periodística, género que ha cultivado con éxito durante largos años.

En *Crónicas*, podemos apreciar esas excelentes cualidades. Joaquín Edwards, en nuestro ambiente criollo, tiene el inconformismo de Larra y la causticidad de Baroja y Azorín, pero es esencialmente chileno en su obra y en su conducta, a pesar de su aristocrático apellido inglés.

Muchas de sus crónicas se caracterizan por sus ácidas y duras críticas a la aristocracia chilena, a la que pertenece y conoce de cerca por razones fáciles de suponer. En cambio, es fácil observar su inclinación hacia el

pueblo, al que ha llevado a la literatura en sus libros "La cuna de Esmeraldo" y "El Roto", que obtuvieron estruendoso éxito en su época. En una de sus crónicas dice que: "El tipo de la gente popular y sus manifestaciones más expresivas han sufrido de burlas y de desprecios. Estas burlas serían criminales y odiosas si la parte de la aristocracia culpable de ellas hubiera tenido responsabilidad. La verdad es que dicha clase carecía de talento y de maldad. Las expresiones denigrantes para la masa popular provenían de un sector femenino frívolo e indiferente" (pág. 134).

De la lectura de sus libros y crónicas se desprende que odia a la hipocresía con la misma intensidad que ama a la franqueza. Es también un fervoroso pacifista que se burla sin reparos del militarismo que ha causado tanto daño al mundo y a las pequeñas naciones americanas que viven en mutua desconfianza: "Actualmente Chile costea generales y almirantes como una nación de ochenta millones de habitantes. Somo solamente seis" (*El problema permanente*", publicado en 1956).

Sería tarea demasiado larga citar trozos o frases de sus sabrosas crónicas en las que abundan las críticas a la sociedad. Pero no todo es cáustico en su obra. Es amenísimo cuando nos relata recuerdos de sus viajes, de su juventud, de acontecimientos en los cuales fue protagonista o testigo en calidad de periodista. Su estilo es fluido, torrentoso, sin cuidarse mucho de pulir las frases. El lector no lee sino devora las páginas, acicateado por la claridad del pensamiento, la ausencia de poses literarias, el interés y la amenidad del estilo. Pocos escritores, en Chile, han conseguido mayor número de lectores espontáneos, que buscan sus artículos en las columnas de los diarios o en las páginas de sus libros.

Joaquín Edwards, según propia confesión, es un hombre independiente, alejado de la política activa, de las capillas literarias, de los organismos gremiales. Ello le concede una indiscutible autoridad para enjuiciar a hombres y acontecimientos con objetiva franqueza e imparcialidad, y esa es una de las razones que conserve, a través de los años, una gran masa de lectores devotos de sus crónicas.

Podríamos decir mucho más en torno a su libro y a su autor. Bástenos agregar, para concluir, que *Crónicas* nos pone en contacto con un espíritu selecto, que ha enriquecido la literatura nacional con obras que permanecerán en primer plano en el transcurso de los años, y que ha escrito y sigue escribiendo crónicas que reflejan, en hondura y extensión, la personalidad de nuestros hombres y las principales características del alma nacional.

GONZALO DRAGO

*Los feroces burgueses*, de LUIS MERINO REYES

Luis Merino Reyes es un intelectual de oficio. Ensayista, novelista y poeta, dicta además clases de Literatura Chilena en Institutos u organismos culturales. Es un especialista serio y acucioso de nuestras letras. Sus clases son